

Nemesio Antúnez Veía la Multitud Como una Geografía Extraordinaria

Me interesó la pintura porque no quise enclaustrarme en el negocio de la arquitectura —dice

María Josefa Pérez

A propósito de una exposición peculiar, entrevistamos a su creador, quien estuvo pocos días en Caracas. Se trata de uno de los hombres más interesantes que acompañaron a Salvador Allende durante su breve gobierno, terminado trágicamente.

Nemesio Antúnez aparece como una figura callada, al lado de obras que reflejan la silueta del poeta Pablo Neruda, exactamente al cumplirse cuatro años de su muerte.

Nemesio Antúnez tuvo gran afinidad con el poeta y lo ve con el fondo del mar, a través de una ventana de su residencia en Isla Negra.

Este hombre alto, que con gran modestia habla casi como un susurro, fue durante cuatro años director del Museo Nacional de Bellas Artes de Santiago de Chile. Su profesión, la arquitectura; su oficio, pintor; su preocupación, el desarrollo de la cultura. En ese corto proceso de un pequeño cambio político en la vida de Chile tuvo una participación muy importante.

—Llegó el golpe militar —nos dice— y no me dejaban renunciar a la dirección del Museo. Tuve que hacer un inventario para poder salir voluntariamente de allí. No quería seguir trabajando en medio de una situación con la que nunca estuve de acuerdo.

Desde entonces vive en España. Antes de dirigir el Museo, vivió durante diez años en Estados Unidos.

—Estudí arquitectura como un arte y luego me di cuenta que era un negocio, era una actividad comercial y eso nunca me gustó. No quería enclaustrarme en esa cárcel de consumo. Logré obtener una beca para hacer un master en Estados Unidos y así logré escaparme.

—¿Cómo empezó a pintar?

—Para mí la pintura es un sentimiento. Empecé haciendo esquelas, como formas geométricas. Cuando estudiaba, me atrajo la pintura a través de una materia que veía durante mi carrera, donde se nos enseñaban algunas técnicas relacionadas con las artes gráficas, para la elaboración de planos y maquetas. Comencé a pintar el cielo, las nubes, porque siempre me atrajo la imagen del cielo, el espacio, el infinito y su relación con la masa humana. Me ponían mala nota porque lo que hacía no era académico.

—¿Considera que sus cuadros tienen una relación con los espejos, con los reflejos del cristal?

—Me gusta el reflejo del vidrio, a través de él pinto las nubes, el agua, pinto cordilleras, la ciudad, la multitud. Me atraen los estadios. Creo que esa visión desde ventanas viene de un sentimiento de soledad que sentía mucho en Nueva York. Trabajaba en un 31º piso y veía a la gente cuando pasaba por la calle, que en movimiento, era como una coreografía extraordinaria.

Antúnez se siente atraído por algo muy sureño y muy popular como son los juegos de fútbol en los grandes estadios. A su vez ese tema nos lleva a asociaciones con la tragedia del estadio durante el golpe fascista en Chile. Algunos hacen recordar los campos de concentración.

Entre las obras que muestra actualmente en la galería Estudio Actual de Caracas, hay uno especialmente dedicado a esa ruptura con la paz y a la convivencia. "Estadio Negro, 11 de septiembre de 1973", una lápida, que muy bien podría ser de granito negro, como él nos dice, con un trozo de arco de fútbol quebrado encima y la inscripción alusiva, para que quede como documento de un hecho que no hay que olvidar, como los epitafios en las tumbas de los héroes.

—Cuando vivía en Nueva York me sentía muy triste —cuenta—. La gente era muy fría. Uno podía encontrarse todos los días al vecino o al compañero de trabajo en el ascensor y no había ni una palabra, ni un comentario de las cosas cotidianas. Nosotros los latinoamericanos somos diferentes, siempre hay un vínculo, una palabra, una mirada o un gesto que nos identifica. Entre aquellas multitudes era diferente, uno se desligaba del mundo exterior, del que obtenía una imagen sólo a través de la televisión y a la gente la veía todo el tiempo como a través de la ventana.

—¿Cómo llegó a director del Museo Nacional de Chile?

—Frei me nombró y luego Allende me confirmó. Fue una experiencia estupenda. Se transformó en un Museo vivo. Yo siempre había pensado en el Museo como algo dinámico y no como mausoleo, que era como se concebía.

—En el año 72 hubo 52 exposiciones, había conciertos, cine, solistas, talleres, se llenó de gente y se convirtió en un centro cultural activo. Había una maestra de escuela que quería trabajar con los niños y le dimos la oportunidad.

—¿Tenían presupuesto para hacer actividades?

—Recibíamos sólo 300 dólares al año como subsidio, no teníamos presupuesto, pero todo el mundo nos ayudaba. El Museo de Arte Moderno de Nueva York realizó cuatro exposiciones. Era tan vital la actividad que nos ofrecían muestras de todas partes.

—¿Encontraban mayor libertad de trabajo?

—Cuando Frey también había libertad de trabajo, pero nunca hubo tantas ganas de trabajar, tanto entusiasmo como entonces, un deseo desenfadado de hacer cosas.

—¿Lo que más le impresiona actualmente como tema para pintar, diría que es la naturaleza, como en los cuadros de las cordilleras?

—Recientemente hice un viaje hacia Machu Pichu que me dejó una impresión insólita y pinté el camino de los incas, el gran sol de su civilización, la niebla entre el verdor de la montaña. Lo entrañable que nos relaciona con ese pasado lleno de sabiduría, convertido para nosotros en un mito.



Nemesio Antúnez, con una modestia peculiar nos habló de su trabajo y de su obra. (Foto Germán González).